

Los cañones de Navarone



Numerosos aviones de transporte despegaron del cuartel general, cada uno repleto de comandos de élite. Fueron lanzados en distintos lugares durante la noche oscura.

Los cañones de Navarone

Por Biblia mística

13 de marzo de 2026

Numerosos aviones de transporte despegaron del cuartel general, cada uno repleto de comandos de élite. Fueron lanzados en distintos lugares durante la noche oscura.

Profecía: Veo a un pequeño grupo de comandos lanzándose en paracaídas muy por detrás de las líneas enemigas. Es de noche y está muy, muy oscuro. Su objetivo: una instalación enemiga fuertemente fortificada en el corazón de territorio hostil. El nombre de esta instalación evoca en la mente de todos, excepto en la de estos pocos valientes: imposible. Todo el tráfico de entrada y salida del territorio enemigo pasa por su objetivo. Millones lo conocen, pero pocos se plantean destruirlo. Su nombre es «Puerta del Infierno»; para algunos, también se la conoce como «La Barrera».

En el cuartel había un dicho muy repetido, usado casi siempre con cierta ligereza: «Las puertas del infierno no prevalecerán». Se repetía en los comedores y las aulas, y los reservistas del ejército lo cantaban en reuniones fuera de la base, pero nunca se lo tomaban demasiado en serio. Nadie pensaba en cómo caerían esas puertas; muchos creían que el Comandante en Jefe se encargaría de ello, y nadie le daba mucha importancia a la tarea. Algunos incluso contemplaban la posibilidad de que, en un futuro lejano, esas puertas simplemente dejaran de existir.

Un día, se presentó ante los oficiales de un batallón de comandos de élite un plan y un boceto para una misión muy peligrosa tras las líneas enemigas. El verdadero objetivo se mantuvo oculto para todos los oficiales presentes, excepto para uno. Esta misión era tan secreta que ni siquiera los hombres elegidos para participar serían informados hasta que estuvieran prácticamente a la vista del objetivo.

Como ya se les informó, los comandos seleccionados para esta misión provenían de una banda de guerreros de élite. El plan se ejecutó en secreto; serían lanzados de uno en uno o de dos en dos, pero rara vez más, ya que existía un gran temor de que llamaran la atención de la población local y su misión fuera descubierta. Fueron lanzados a intervalos regulares a lo largo de un camino que conducía a un punto de encuentro específico.

El primero en saltar aterrizó lejos del objetivo previsto. Mientras el transporte de tropas se adentraba en territorio enemigo, los paracaidistas, uno tras otro, descendían al cielo nocturno, aterrizando... bueno, no sabían dónde. Pero una vez en tierra, llevaban consigo auriculares especiales que los conectaban con el cuartel general. El término que debían usar, si les preguntaban sobre el cuartel general, era "detrás del velo"; eso era todo lo que les habían dicho que dijeran a los interrogadores. Ellos mismos solo tenían una vaga idea de dónde se encontraba el cuartel general, e incluso entre ellos había quienes tenían dificultades para creer que fuera donde les habían dicho.

Numerosos aviones de transporte despegaron del cuartel general, cada uno repleto de comandos de élite. Fueron lanzados en distintos puntos durante la noche. A lo largo de la misión, a ninguno de los comandos se le proporcionó la ubicación exacta del punto de encuentro. La misión era de alto secreto y, por temor a que información errónea cayera en manos enemigas, se esperaba que cada comando obtuviera su información personal directamente del cuartel general.

Inicialmente, la información del cuartel general les llegaba de forma esporádica, pero con el tiempo, a medida que cada uno se acercaba al punto de encuentro, los mensajes llegaban con mayor claridad y frecuencia.

Muchos comandos se perdieron en su camino hacia el punto de encuentro. Había muchos peligros tras las líneas enemigas, e incluso los mejor preparados se encontraron en situaciones de las que, para ellos, parecía

imposible escapar. A veces viajaban en grupos, otras veces en pequeños contingentes, pero independientemente de con quién estuvieran, siempre tenían la certeza de que, de alguna manera, estaban solos, con solo su manual de entrenamiento —que se iba reduciendo cada vez más a medida que el objetivo se acercaba— y, junto con su manual de entrenamiento, su posesión más preciada: su conexión vital (PDF) con el cuartel general a través de su auricular.

No puedo enumerar la cantidad de trampas, obstáculos y dificultades que enfrentaron los comandos en su camino hacia el objetivo; fueron muchos y variados, y como ya dije, muchos se perdieron simplemente por todo lo que tuvieron que atravesar para alcanzarlo. Debido al tiempo y la distancia recorridos, los comandos comenzaron a perder el contacto con el cuartel general y, al hacerlo, perdieron de vista su identidad y el propósito de estar en territorio enemigo. De hecho, muchos perdieron el miedo al enemigo y comenzaron a mimetizarse con el mundo que los rodeaba. El momento oportuno para la prueba, el momento oportuno para la trampa. Quienes olvidaron su misión dejaron de avanzar hacia el objetivo, y ahora es imposible distinguirlos de aquellos a quienes vinieron a liberar.

Sin embargo, un grupo sí logró llegar al punto de encuentro y, una vez allí, recibió sus instrucciones finales. Debían colocar artefactos explosivos en la base de la Puerta del Infierno y también en los muros que la rodeaban. Asimismo, se les ordenó localizar balizas ocultas colocadas cerca de la zona por comandos de misiones anteriores. Estos comandos les indicarían, mediante auriculares, la ubicación exacta de las balizas a quienes llegaran a las puertas del infierno. Las balizas estaban colocadas en las montañas que rodeaban la Puerta del Infierno. Los comandos en tierra recibirían instrucciones sobre la fecha exacta en que cada baliza debía encenderse. La colocación de los explosivos y sus detonadores continuaría hasta el día anterior a la detonación.

El enemigo en la "Puerta del Infierno" es como hormigas en su hormiguero, entrando y saliendo, siempre alerta ante la presencia del enemigo en su puerta. Los comandos están ahora completamente concentrados en la misión. Han dejado de lado toda distracción; sus mochilas están vacías, salvo por los explosivos que llevan; en esencia, sus bolsas de lona están vacías. Son como los hombres de Nehemías en la muralla de Jerusalén, con una diferencia: están allí para destruirla, no para construirla. Con una mano colocan explosivos y con la otra manejan sus armas. Nada debe disuadirlos. La fecha de su escape está fijada (véase el blog para el día 15) y deben atenerse a ella como si fuera la verdad absoluta, porque lo es; pero la presencia del enemigo representa una amenaza constante para su cumplimiento de la tarea. Cualquier distracción, cualquier cosa que no sea la misión, puede significar su derrota, incluso en esta, la última etapa de su misión. (Fin)